

ETELVINO GONZÁLEZ LÓPEZ

## El profesor Alfredo Mendizábal, un testigo de excepción de la Revolución del 34 en Oviedo



«La historia ha sido muy tacaña con Alfredo Mendizábal. Sobre él apenas se conoce el estudio de Gil Cremades que dedica muy pocas líneas a los años de la guerra civil» (Alfonso Botti, profesor de la universidad de Urbino. *Para una historia de la tercera España católica*).

### 1. Quién es Alfredo Mendizábal.

Hoy podemos añadir a Gil Cremades los trabajos del propio Alfonso Botti y los del profesor Benjamín Rivaya y últimamente la publicación de sus *Memorias Alfredo Mendizábal Villalba, Pretérito imperfecto. Memorias de un utopista*, Real Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo 2009. Todo lo cual, si mucho resta a esa tacañería histórica, espera aún desarrollos y actuaciones para avalorar esta figura singular e interesante de España y en concreto de nuestra universidad.

Sin entrar en el importante capítulo de su producción científica en el campo del derecho, destacaré algunas empresas de su militancia como intelectual comprometido.

*Cruz y Raya*. Revista que ve la luz en abril de 1933 por iniciativa de José Bergamín. De orientación católica bien que independiente de la jerarquía eclesiástica y

---

*Fulanito de Tal es profesor de la Universidad de Oviedo*

al mismo tiempo filorepublicana. Mendizábal está en el grupo fundador y desde el primer número publica sus colaboraciones. Cooperó también consiguiendo colaboraciones importantes como la de don Sturzo, en el exilio británico.

Otras empresas: la Sección española de la Unión Católica de Estudios Internacionales, definida como una comunidad de trabajo intelectual (4.7.1933), de la que es Secretario y alma. En poco tiempo se completa un selecto elenco de 50 escritores y profesores, que era el máximo señalado por los estatutos. En ese año denuncia en prestigiosa revista *La Vie Intellectuelle* el fascismo naciente propugnado por Giménez Caballero, que ejercía un influjo sobre la juventud universitaria. Al mismo tiempo denunciaba la ley restrictiva de las Congregaciones religiosas, bajo el título *La Ley contra el derecho*.

Mendizábal vive la revolución de 1934 en pleno fragor, en el centro de Oviedo. La guerra de 1936 le sorprende en Francia, de regreso de un congreso en Londres.

De la primera experiencia nos ha dejado un relato vivo y conmovedor, publicado en francés y aún sin traducir a estas alturas de la historia, del que voy a dar algunos extractos. En cuanto a la guerra, se posiciona en una postura independiente de ambos contendientes, y actúa en dos frentes: el intelectual, con lúcidos análisis; escribe, habla, negando a la guerra, a toda guerra el carácter de santa, o de cruzada como se proclamaba entonces, el de activista, que pone en marcha iniciativas de gran alcance y máximo apoyo, como son los *Comités para la paz civil y religiosa en España*.

Los meses de la guerra verán a este intelectual alzarse como un representante muy comprometido y autorizado, tal vez el más, de aquella tercera España que a pesar de las indicaciones del episcopado no se alineó con los militares rebeldes, trabajando por sacar a la Iglesia de la guerra y por obtener una solución negociada del conflicto. Mendizábal estaba equipado tanto intelectual como religiosamente para no confundir su propia voz con la de los 'cruzados'. Establemente anclado en los principios democráticos, había sido inmune a los halagos de la dictadura de Primo de Rivera; el apoyo que esta recibió de la monarquía contribuyó a empujarlo hacia la solución republicana, a la que permanecerá fiel toda su vida.

A este limpio jurista, católico militante, humanista, pacifista convicto de la justicia, los cruzados de la guerra civil le despojaron de la cátedra que desde 3 de abril de 1926 desempeñaba como primer profesor de Filosofía del Derecho de la universidad de Oviedo. En diciembre de 1936 el presidente de la Comisión Depuradora del Personal Universitario Arturo de Gregorio Rocasolano proponía la suspensión de los catedráticos de Derecho de Oviedo Benito Álvarez-Buylla Lozano, Ramón Prieto Bances, Alfredo Mendizábal, Antonio Polo y Emilio González López. Más tarde les unirían a Carlos del Fresno y Pérez Villar y Teodoro González García. Destituido

por los organismos nacientes de Burgos, lo fue también por el ministerio de Instrucción Pública regido por el comunista Jesús Hernández.

*Ni fascismo ni comunismo.* Era, en efecto, contrario a todo fascismo –la ‘inaudita’ experiencia fascista, decía– como dejó claro en su curso de 1934 en la universidad Internacional de Santander, y en cuanto al hitleriano ya había publicado en agosto de 1933 *Una mitología política. Los principios anticristianos del racismo*, en la revista *Cruz y Raya*.

Todos los totalitarismos eran antagónicos con el cristianismo. Y por contrario a todo totalitarismo, en septiembre del mismo año había desarrollado una ponencia en la VII Semana Social, *El Comunismo*. Del cual no toleraba su ateísmo militante, si bien podía comprender y hasta compartir su crítica del capitalismo. Una «misma condena cae sobre el soviétismo ruso, fascismo italiano y nacionalsocialismo alemán» (*Cruz y Raya*, n. 17, 1934). Pues el bolchevismo – pensaba– es un fascismo de izquierdas como el fascismo es un bolchevismo de derechas, en cuanto ambos se oponen al estado democrático.

## 2. *Textos de Mendizábal:*

### 2.1. *Su análisis previo al 34.*

En el verano del 33 cae el gobierno de Azaña y el poder pasa a los radicales. Tras un efímero gobierno Lerroux, le sucede su lugarteniente Martínez Barrio, los socialistas le niegan su colaboración y el Presidente de la República, a propuesta del Gobierno, firma el decreto de disolución de las Cortes constituyentes. Con ello termina el primer bienio, marcado por la legislación constitucional, de signo izquierdista y en multitud de casos agresivo para la gran mayoría católica del país. Se había votado el Estatuto de autonomía catalana y la ley de reforma agraria; esta, que era necesaria, se inspiraba, más que en motivos de justicia social, en sentimientos de venganza y de discriminación política; y no había dado los resultados apetecidos: hasta entonces solo se habían expropiado 89.000 hectáreas y se había asentado a 8.600 familias; y en no pocas comarcas los campesinos se habían apoderado de las tierras anárquicamente y sin autorización oficial alguna. Las elecciones legislativas estaban convocadas para el mes de noviembre.

[*Correlación de fuerzas*] Con gran violencia, no siempre solamente verbal, se desarrolló la campaña electoral. Los programas de los partidos eran más negativos que positivos: contra los de enfrente. Las izquierdas tenían por objetivo fundamental excluir a las derechas del ámbito de la república. Las derechas aspiraban a conquistar el poder para anular todo lo hecho por las izquierdas. Al cabo de los años, es curioso comprobar la arrogancia con que Gil Robles, en su discurso del 15 de octubre, presentaba sus aspiraciones: «No tenemos prisa... No sentiré el halago de los cantos de sirena. No vamos a acudir al primer ofrecimiento de colaboración que nos hagan

los autores de la ruina de España. Menguado ideal el nuestro si, a la primera conferencia con el señor Lerroux o el señor Maura, cediéramos ante el señuelo de una cartera de Comunicaciones... Nuestra generación tiene encomendada una gran misión. Tiene que crear un espíritu nuevo, fundar un nuevo Estado, una nación nueva: dejar la patria depurada de masones, de judaizantes... ¡Que importa que nos cueste hasta derramar sangre! Para eso, nada de contubernios... No iremos al gobierno en colaboración con nadie... La democracia no es para nosotros un fin, sino un medio para ir a la conquista de un Estado nuevo. Llegado el momento, el Parlamento, o se somete, o le haremos desaparecer». Pocos meses después iba a ponerse a prueba el valor de aquellas alharacas, al entrar en el gobierno en colaboración con los masones del partido radical. Es cierto que no fue 'al primer ofrecimiento', porque no se le hizo en la etapa inicial.

El centro de gravedad de la opinión pública había cambiado por completo en la segunda etapa del régimen. Azaña y los partidos republicanos izquierdistas quedaron no sólo derrotados sino casi aniquilados, los socialistas fueron reducidos a la mitad; en total la izquierda tenía nada más que 99 diputados; el Centro reunía 167, de los cuales eran radicales 104; y las derechas no republicanas o antirrepublicanas totalizaban 207, con los 148 gilroblistas como principal partido. Los republicanos moderados (Alcalá Zamora y Maura) obtenían 21 puestos y los reformistas 8. Era por tanto posible formar un gobierno centrista a base de los radicales, si tenía el apoyo parlamentario de los grupos de derecha que aceptasen el régimen. Ahí estaba la dificultad para la *Acción Popular*; el partido más numeroso de la derecha, capitaneado por Gil Robles. Muchos de sus componentes preferirían dejarse arrancar la piel a declararse republicanos (en realidad casi ninguno lo era). La minoría agraria estaba mejor dispuesta, pero con objeto de contrarrestarla Gil Robles añadió una palabra al título de su partido, que pasaba a ser *Acción Popular Agraria*. En la minoría vasco-navarra había dos tendencias opuestas: la tradicionalista de los navarros y la de los nacionalistas vascos que se integraba en la república con la esperanza de obtener el Estatuto de autonomía ya logrado por los catalanes. Gil Robles perdió una magnífica ocasión de incorporar sus huestes al régimen que iba entonces a orientarse hacia el centro, pero su campaña electoral había sido demasiado antirrepublicana para permitir esa evolución. Navegar entre dos aguas parecía su táctica preferida. Cuando la coalición de derechas fue consultada sobre la formación de nuevo gobierno, encargada a Lerroux, la respuesta fue: que gobierne el centro republicano y lo apoyaremos con nuestras fuerzas. Pero desde fuera. Hasta que un día El Debate dio la consigna estratégica que definiría el itinerario de las derechas aún no republicanas hacia la conquista del poder en tres etapas: 1) apoyar a Lerroux, 2) colaborar con Lerroux, 3) sustituir a Lerroux. Con tanta ingenuidad como cinismo, el camino estaba abierto.

[*La izquierda*] Los partidos de izquierda que hasta, entonces habían monopolizado el poder y que consideraban la «res publica» como «res privada» no se avenían a que se les escapase de las manos. En su número de 13 de enero de 1934, *El Socialista* descubría el turbio juego oportunista de muchos políticos extremistas, diciendo crudamente: «No somos republicanos ni lo hemos sido nunca. Somos únicamente socialistas. Sabemos lo que queremos y a donde vamos». Aunque la tendencia democrática y parlamentaria del socialismo, representada por Besteiro, de los Ríos y Prieto, trataba de ejercer una influencia moderadora, cada día era más fuerte la presión del ala revolucionaria, enemiga de la colaboración con los partidos «burgueses» del republicanismo izquierdista. Largo Caballero, al frente de la *Unión General de Trabajadores* (UGT) ponía su empeño en rivalizar con la *Confederación Nacional del Trabajo* (CNT) en la radicalización extremista de la organización sindical, tarea difícil para las masas socialistas frente a la fuerza arrolladora de quienes, imbuidos de ideas anarquistas, se servían del pistolerismo y del atentado personal como instrumentos de combate.

Coincidían todas las izquierdas en una sola aspiración: oponerse por todos los medios al resultado de las elecciones cuando les era adverso e impedir, aun por la violencia revolucionaria que propugnaban los más extremistas, la participación en el poder de los partidos derechistas que entonces habían triunfado. Quienes no habían sabido ganar en 1931, tampoco sabían perder en 1933. El ciclo bienal se repetiría una vez más. Las elecciones las ganaban los presos, los perseguidos en el período precedente. Era un movimiento pendular previsible en cada caso, cuya lección no llegaron a aprender unos ni otros. En aquellas Cortes había un solo diputado falangista (Primo de Rivera) y un solo diputado comunista (Cayetano Bolívar), pero el principal partido mayoritario, el de Gil Robles, no podía tener acceso al gobierno, en parte por su propia indecisión en cuanto a una adhesión leal a la República, pero asimismo por la oposición absoluta de las izquierdas que amenazaban con la revolución e intimidaban al presidente Alcalá Zamora, ya receloso por sí mismo ante la cautelosa táctica de la derecha. Así, durante el primer semestre de 1934, gobernaban los radicales apoyados parlamentariamente por unas derechas que no osaban pasar el Rubicón y declararse republicanas.

[*Católicos demócratas*] En 1934 desarrolló gran actividad el *Grupo español de la Unión Católica de Estudios Internacionales* que habíamos constituido el año anterior. Como delegado suyo asistió Manuel Raventós a la asamblea plenaria convocada en Friburgo, donde se estudiaron temas de palpitante actualidad, entre ellos la actitud que incumbe a los católicos frente a sistemas totalitarios como los imperantes en Italia y en Alemania. En abril, una serie de conferencias a cargo de eminentes miembros del Grupo: Sangro, Legaz, Ruiz Manent, Torres y Semprún, celebradas en Madrid

en el local de la Federación de asociaciones españolas de estudios internacionales, dieron fe de vida y de trabajo de nuestro Grupo que tomaba así posición ante problemas de singular importancia. Las cinco conferencias y la crónica de nuestra actuación, redactada por mí en calidad de secretario, constituyeron el primer volumen de *Estudios Internacionales* publicado el año siguiente. En mayo del 34 habíamos tomado la iniciativa de un manifiesto de protesta contra las persecuciones nazis y de adhesión a sus víctimas inocentes, que fue firmado por buen número de intelectuales y enviado en versión alemana a los altos jerarcas del catolicismo germánico, en especial al cardenal Faulhaber. Una vez más se dio la paradoja de que en Madrid sólo un diario, *Ahora*, publicó nuestro mensaje. Los periódicos que pretendían representar un pensamiento católico le hicieron el vacío: algunos diarios de provincias le dieron acogida, pero tuvo más eco fuera de España que dentro: la prensa belga, francesa, holandesa y suiza lo insertó y por el diario católico vienes *Reichspost* lo conocieron muchos perseguidos alemanes, pocos días antes de las terribles matanzas de junio, en que Hitler no fue sólo instigador y juez, sino también directamente verdugo.

Seguía yo con ansiedad los trágicos acontecimientos de Alemania con la furiosa explosión del nazismo y, habiendo reunido una documentación tan completa como abrumadora, publiqué en el número 17 de *Cruz y Raya* un segundo estudio titulado «Una concepción hemofílica del Derecho (Estado de raza, sinrazón de Estado)» en el cual analizaba las aberraciones de los juristas alemanes al servicio del nazismo, su fundamentación del Derecho en la sangre y las sangrientas consecuencias del mito racial, la quiebra definitiva de los más altos y universales valores jurídicos en la trágica mascarada del Congreso de los juristas alemanes; y entre otras respuestas la valentísima del cardenal Faulhaber, arzobispo de Munich, en sus sermones de Adviento luego publicados bajo el título *Judaísmo, Cristianismo y Germanismo*, que conmovieron a los católicos de Alemania y de otros países por su reivindicación del Cristianismo frente al neopaganismo racista y por su defensa del Judaísmo y del Antiguo Testamento contra el paganismo nórdico que se intentaba restaurar.

Por aquella época, varios eminentes pensadores extranjeros visitaron a España; y con algunos de ellos trabé conocimiento. Mencionaré únicamente a tres. En primer lugar, el célebre filósofo alemán, nacido en Estonia, Conde Hermann von Keyserling, tipo gigantesco para cuyas conferencias había de fabricarse un elevadísimo pupitre, gran comedor, bebedor y ardedor de peligrosa agresividad para el bello sexo. No se le podía dejar solo sin que provocase algún incidente. Mucho más humano, también de gran talla física y más aun moral, el gran escritor inglés Gilbert Keith Chesterton, cuyo fino humorismo ganaba todas las simpatías; tan anticonformista que resultaba herético en la sociedad británica y un día descubrió que su herejía era el catolicismo; de él se recordaba en España el atinado comentario al ver a unos pastores, en una

excursión por la sierra de Guadarrama, comiendo sus raciones con los dedos, pero con ademanes de natural elegancia: «qué cultos son estos analfabetos...» La Universidad internacional de verano había invitado a Santander al insigne filósofo francés Jacques Maritain; sus seis lecciones magistrales sobre los «Problemas temporales y espirituales de una nueva Cristiandad» constituyeron luego, revisadas y ampliadas, una de las obras más influyentes en el moderno pensamiento cristiano: el *Humanismo integral* con cuya traducción castellana me honré al propio tiempo que monseñor Giovanni Montini (después Pablo VI) hacía la versión italiana.

[*Derecha radical*] No todos los grupos de derecha aceptaban la colaboración parlamentaria de la que Gil Robles se hacía entonces campeón. Ya en marzo del 34 preparaban algunos la insurrección armada contra la república y buscaban el apoyo efectivo de Mussolini que a Roma fueron a pedirle cuatro comisionados: Goicoechea por los monárquicos, Olazábal y Lizarza por los Carlistas y el general Barrera por los militares. Todo lo que obtuvieron del dictador italiano fue la promesa de un millón y medio de pesetas, 200 ametralladoras y 20.000 granadas. El dinero fue entregado inmediatamente y Mussolini ofreció más ayuda en cuanto estallase la insurrección. Evidentemente era muy escaso el apoyo mussoliniano para lanzarse a la aventura. Las derechas gilroblistas iban ganando posiciones y del mero apoyo parlamentario a los radicales pasaron a obtener tres ministerios y más tarde cinco. Las belicosas izquierdas no soportaban que el poder pudiera estar en manos de quienes consideraban como adversarios del régimen, aun cuando habían ganado las elecciones; y el recurso a la violencia tuvo dos escenarios diferentes: Cataluña y Asturias» En Barcelona, el presidente de la Generalidad, Companys, que había sucedido a Maciá, recientemente fallecido, proclamaba el «Estado catalán dentro de la República federal española», reiterando así el gesto que ya había tenido el 14 de abril del 31 al precipitarse en proclamar la República catalana. Incitado esta vez por Dencás y sus milicias fascistoides de izquierda, se colocaba fuera de toda legalidad, puesto que la República española no era federal y Cataluña no era en ella un Estado sino una región autónoma. Los sublevados habían intentado ganar a su causa al general Batet, también catalán, que mandaba la División de Barcelona, pero este declaró el estado de guerra y detuvo a las autoridades catalanas insurrectas, que se rindieron tras ligera resistencia. La proyectada revolución había fracasado en Barcelona y también en Madrid donde la insurrección preparada no llegó a producirse. Fue Asturias el teatro de acontecimientos de inmensa gravedad... Sólo me permitiré un breve resumen de los hechos con algunos pormenores de índole personal.

### 2.2. *Experiencia personal.*

*Preparación.* Durante meses y meses la prensa de extrema izquierda había condicionado a las masas obreras con la mira puesta en la revolución social: «todo el

poder para el proletariado». El «Sindicato Minero Asturiano» con sus 20.000 militantes socialistas y sus 6.000 afiliados comunistas preparaba metódica y tenazmente la formación de un verdadero ejército insurreccional. Las armas y las municiones provenían de las propias fábricas del Estado: en parte robadas y en parte entregadas mediante autorizaciones oficiales de ventas (ficticias) al extranjero. En septiembre se había descubierto un importante alijo cargado en un barco destinado a Djibouty y descargado en la costa asturiana. Y el gobierno dormitaba plácidamente sin percatarse de la inminencia del peligro. En el momento inicial de la huelga revolucionaria la incautación de las fábricas de armamento de la región permitió aprovisionar a los insurrectos cuyo ejército estaba tan organizado que hasta poseía ambulancias y servicios médico-quirúrgicos. El pretexto para desencadenar la acción con fuerza arrolladora fue la entrada de la CEDA en el gobierno; y los socialistas, que habían proclamado su hostilidad a la «república burguesa» reaparecían como vestales del régimen cuyo monopolio habían perdido. Alucinados por la más insensata propaganda y creyendo que la rebelión se extendía por toda España, los obreros insurrectos se adueñaron rápidamente de Asturias y lanzaron sus tropas más aguerridas contra la capital de la provincia. Oviedo fue asediado desde el 5 de octubre por unos 8.000 hombres de la cuenca minera, con sus temibles dinamiteros bien pertrechados. Para la defensa de la capital el gobierno tenía sólo un millar de soldados y guardias de asalto distribuidos por la ciudad en pequeñas patrullas de patente ineficacia ante la acometividad de los invasores.

*Inicio.* Casa por casa, calle por calle, el avance de los mineros era implacable. Cortada la electricidad y el agua, Oviedo sufría, con gran escasez de víveres, el terror del asedio y de la progresiva ocupación del ejército rojo que a su paso vencía todas las resistencias y fusilaba a quienes tenía por enemigos de clase. Su sectarismo se cebaba en especial en sacerdotes y religiosos (unos cuarenta fueron asesinados en Asturias), que con los guardias civiles y de asalto pagaron el mayor tributo a la Insurrección. Vivía yo entonces en el Hotel Inglés, situado a la entrada de la calle de Fruela, frente al edificio de la Diputación provincial y al Campo de San Francisco. Media docena de guardias de asalto ocuparon el Hotel, tratando inútilmente de oponerse con sus ametralladoras al avance de los dinamiteros. Se oía sin cesar el estruendo del tiroteo y de las explosiones y cuando las huestes insurrectas llegaron a adueñarse del edificio de la Diputación, desde los balcones de él intimaron la rendición del Hotel Inglés, dando un plazo de una hora y advirtiendo que habían abierto una galería subterránea para hacer volar la casa si no se rendía espontáneamente. Con otro compañero de hospedaje salí a un balcón para discutir a gritos las condiciones. Mientras tanto, los seis guardias de asalto dejaron sus uniformes y, vestidos de paisano con ropas de los clientes del hotel, se retiraron con su armamento. Dijimos a los mineros que los



habitantes de la casa éramos todos civiles que nada teníamos que ver con el conflicto, a lo que respondieron que desde allí les habían hecho muchas bajas. Al explicarle que los guardias asalto que habían disparado habían huido nos hicieron responsables de haberlos admitido, a pesar de nuestro razonamiento de que no pedíamos oponernos sin armas a seis ametralladoras. Puesto que se mostraban dispuestos a matarnos a todos, les dijimos que había mujeres y niños, que habrían de ser respetados. Sin darnos la menor garantía acerca de ello, gritaron que el plazo había transcurrido y que iban a volar el edificio si no se rendía en el acto.

*Un jefe trotskista.* Un grupo de unos diez penetró en el hotel, inspeccionó todas las habitaciones, en busca de armas, que no existían, y ordenaron a todos los clientes que formasen en la escalera para evacuar el edificio. Así hubimos de hacerlo, sin equipaje alguno. Ellos iban armados de carabinas y pistolas. Habíamos de salir uno a uno. En la puerta, dos guardias rojos se colocaron del mismo lado empuñando sus pistolas y ordenaron que saliera el primero de los clientes del hotel. Dos tiros a boca de jarro lo abatieron. Y así el segundo y el tercero. Los muertos se amontonaban a la entrada; a cada uno que salía bajábamos un peldaño; yo hacía ya el número nueve en la fila. Entonces aquellos forajidos cambiaron de táctica: sería más cómodo fusilarnos en masa, en la calle. Nos hicieron salir en fila, pero en la calle el tiroteo era continuo y en doble dirección. Pegados a la fachada, llegamos a un almacén de tejidos y otros artículos, entre ellos de relojería, y nos hicieron entrar allá hasta que se calmase el tiroteo exterior. Aprovecharon aquella escala para desvalijar la tienda. El jefe, que por sus invectivas mostraba ser un trotskista acérrimo, advirtió a sus seguidores que el saqueo estaba prohibido, pero que podían tomar lo que pudieran llevar sobre sí mismos: una chaqueta, pero no dos, unos cuantos relojes de pulsera, cuantos les cupieran en las muñecas, pero no más. Era curiosa aquella aplicación práctica de la legalidad revolucionaria y la observación del «saqueo lícito» casi nos hacía olvidar nuestra precaria situación de condenados a muerte.

Impaciente por hallar un buen campo de tiro para la ejecución, el jefecillo trotskista tuvo la genial idea de enviarnos en grupo a intimar a los guardias de asalto a que cesaran de tirar, puesto que «a vosotros os respetarán por burgueses»; le dije que sería inútil, ya que caeríamos antes de dar dos pasos. Para obviar a la dificultad, decidió que iríamos sólo tres hombres, protegidos por un colchón y envió a uno de sus subordinados a que pidiera en un piso de la casa que le dieran tal escudo. Yo había aprovechado el tiempo de estancia en el almacén para escribir a mi madre una carta de adiós, que confié a una señora de nuestro grupo, diciéndole que era más probable que ella se salvase y pudiera hacérsela llegar. Pero al salir a la calle el mensajero en busca del colchón, cayó herido y desistieron de tan absurda maniobra. Finalmente, nos sacaron de la tienda, pegados a la fachada hasta una bocacalle lateral. En la bo-

cacalle de enfrente había una patrulla, que debía ejecutarnos desde allá. Formados en ala, vimos cómo la patrulla apuntaba hacia nosotros las carabinas y llegamos a oír la orden de «fuego». Sin embargo, no caíamos y aquello parecía un milagro, luego supimos que una camarera de nuestro hotel, cuyo novio estaba al frente de la patrulla, le había disuadido de tirar contra tan buenos como inocentes clientes del hotel.

*Interviene Teodomiro.* Mientras estábamos refugiados en la tienda tuve la buena idea de dirigirme a uno de nuestros guardianes que parecía más accesible que los demás y le pregunté si Teodomiro Menéndez estaba en el Comité revolucionario. Me respondió que sí y se prestó a llevarle un mensaje mío que a toda prisa escribí explicándole nuestra inconcebible situación. Volvió con instrucciones del diputado socialista (que me conocía bien) diciendo que no nos hicieran daño alguno, en vista de lo cual y, en ausencia del trotskista que había marchado a evacuar al herido de su grupo, otro más benigno lo reemplazó y nos condujo a los quince prisioneros a un hotel próximo, medio derruido, del que habían huido todos los huéspedes. La situación cambió por completo. Venancio, que así se llamaba el nuevo jefe, nos presentó sus excusas: había sido un error el detenernos y pretender fusilarnos, y así lo había dicho al trotskista que era un salvaje. Nada teníamos que temer en adelante. Nos organizaríamos como pudiéramos en aquel alojamiento y los mineros del grupo se batirían si era necesario desde la acera de enfrente «para no comprometernos». Venancio era un comunista convencido, enemigo de la violencia y que se planteaba serios problemas de conducta. Cuando supo que llevábamos dos días sin comer, envió a dos mineros al asalto de una pastelería de donde volvieron cargados de pasteles y no quisieron probar bocado antes que nosotros, aunque también estaban hambrientos.

*Un jefe comunista.* La vida elemental se organizó entre los ‘burgueses’ y los comunistas. Se inventariaron los escasos víveres del hotel abandonado antes de nuestra llegada y se repartieron equitativamente. Me correspondió entre otras vituallas una botella de coñac, muy útil para darme ánimos. Con los mineros que habitaban con nosotros, y en particular con Venancio, tuve largas conversaciones y amistosas discusiones sobre capitalismo y comunismo, paz social y revolución, e incluso temas espirituales como el valor social del Cristianismo. Su sorpresa fue grande cuando les dije cuál era mi sueldo de catedrático y reconocieron que como mineros ganaban más, aunque duramente. Hemos aprendido a conocernos, me decían. Venancio cayó enfermo y obtuvo autorización para ir a su pueblo a reponerse, pero renunció porque «quizá nos trataría mal» su reemplazante. Todos le atendimos y cuidamos lo mejor que podíamos y cuando las tropas del gobierno iban a entrar en Oviedo el 14 de octubre, en vista de que no estaba bastante fuerte para huir con los otros, le hicimos destruir su documentación comprometedor y una señora de nuestro grupo lo adoptó como chofer dispuesta a declarar que estaba a su servicio desde un año antes.

*Final.* Nueve días había durado la dominación marxista en Oviedo. Siempre sostuve que no se podía hacer a todos los revolucionarios responsables de todas las atrocidades cometidas, puesto que yo mismo era testigo de comportamientos muy distintos. El gobierno había enviado contra la insurrección de Asturias no sólo al ejército metropolitano, sino también a la Legión extranjera y a tropas moras del protectorado marroquí que cometieron toda clase de desafueros y de crímenes. Recuerdo que al desfilar por las calles céntricas las tropas moras ‘liberadoras’, al gritar uno de los espectadores «Viva el ejército español», los soldados de Regulares contestaban: «español, no». Había acumulado yo experiencias muy contradictorias en aquellas terribles jornadas. Una de ellas, la del hambre. Nueve días casi sin comer me habían enseñado que no era el hambre lo que yo imaginaba antes; una exacerbación de las ganas de comer. Al contrario, cuando en casa de unos amigos se me ofreció por primera vez una buena cena, apenas pude probarla y únicamente comí unas tajadas de melón. El hambre tal como ya la conocía era una sensación dolorosa en el estomago, como si los jugos gástricos devorasen sus paredes, como si hubiera un cangrejo que arañase el aparato digestivo. Y en lo social y en lo humano, la experiencia era mucho más aleccionadora.

*Represión.* Tras la ‘reconquista’ militar de Asturias vino la represión judicial sañuda, sin piedad. Las palizas a los presos, la tortura en ciertos casos. No servía de mucho que algunas personas testimoniaran en descargo de inculpados tenidos por culpables antes de ser juzgados. Hubo una entera comunidad de monjas que declararon en favor de unos presos que habían salvado a todas las niñas y a las religiosas de su convento, poniéndolas en lugar seguro. Me enteré de que uno de nuestros guardianes era acusado de ser el jefe del grupo y me presenté en el Juzgado militar para declarar en su causa. El juez me preguntó: ¿en pro o en contra? Ya lo verá usted, le respondí. Sostuve que no era el jefe. ¿Tiene usted pruebas? me dijo el juez. Sí; que el jefe era otro. - Entonces nos dirá usted quién. No, le contesté (sería el colmo que denunciara yo a Venancio, que como chofer particular no había sido perseguido). ¿Sabe usted, dijo el juez, que se le puede procesar por denegación de auxilio a la justicia? Soy profesor de Derecho, le redarguí. La escena se repitió cuando declaré en la vista de la causa. Y mi testimonio fue seguido por el de otros miembros de nuestro grupo que señalaron también el comportamiento de aquel hombre mientras estuvo en nuestra compañía. En aquel caso se pudo obtener una atenuación de la pena, pero el hecho era bastante excepcional y para otros muchos inculpados sólo se tomaban en consideración los testimonios adversos. La justicia adjetivada de ‘militar’ perdía a menudo su carácter fundamental.

### *2.3. Valoración.*

La revolución de Asturias había sacudido en sus cimientos toda la provincia.

Cuanto la vivieron, como actores o como víctimas, quedaron marcados por el horrendo sacrificio de quienes en ella murieron inmolados al furor fratricida. Los odios acumulados por la salvaje explosión iban a perdurar y acentuarse durante largo tiempo, pues la fase ulterior, de liquidación con miras al necesario apaciguamiento se presentaba erizada de obstáculos para un gobierno inseguro de sí mismo y vacilante entre actitudes contradictorias. A los crímenes cometidos por los revolucionarios iban a añadirse los imputables a las fuerzas de invasión liberadora. Legionarios y 'Regulares' marroquíes, adueñados de Asturias en rudos combates, se comportaban como un ejército de ocupación. La arrogancia de los jefes del Tercio hería la susceptibilidad de la población civil, a excepción de ciertos entusiastas suscitadores de continuos homenajes públicos. Bastaba que un jefe del Tercio entrase en un café para que se obligase a los clientes a levantarse y aclamar al 'héroe'.

Mientras tanto, se sabía que decenas de millares de prisioneros aguardaban ansiosamente un desenlace que para muchos de ellos sería fatal. Se iban conociendo las vejaciones, las palizas y aun las torturas a que no pocos eran sometidos. Los métodos de tortura ideados por el tristemente célebre comandante Doval para arrancar confesiones y aplicados con singular sadismo por sus esbirros trascendían a la población asturiana, a pesar de una rigurosa censura; bastó que un periodista independiente, Luis Sirval, intentara denunciar tales actos, para que fuera asesinado por legionarios indignados. Los Consejos de guerra actuaban rápidamente, pero no todos los encausados tenían la precaria garantía mínima de ser juzgados, pues las ejecuciones ilegales usurpaban a veces la ya dura misión de la justicia sumaria. Las víctimas de la 'pacificación' iban a agregarse a las de la insurrección.

El gobierno, en manos principalmente del partido radical, con la colaboración ministerial minoritaria de la CEDA (partido mayoritario en las Cortes), se enfrentaba a un problema crucial, al que había ido dando largas, prolongando así una situación confusa, pero que hubo de zanjar en febrero de 1935: el Consejo de guerra había condenado a muerte como jefes principales de la revolución de Asturias a tres diputados socialistas cuyas responsabilidades eran muy diferentes; Ramón González Peña, Belarmino Tomás y Teodomiro Menéndez. Los dos primeros habían tenido efectivamente una actuación directiva, instigadora y de ejecución, y González Peña había organizado el asalto y consiguiente saqueo del Banco de España en Oviedo (el reparto de aquel botín de guerra siguió durante varios meses engendrando disputas, a veces cruentas); pero la intervención de Teodomiro Menéndez en la revolución había sido más bien moderadora: opuesto a la insurrección desde antes de desencadenarse, fue en el comité revolucionario un freno contra los excesos terroristas, salvó la vida de muchas personas, amenazada por la ciega violencia y en su proceso constaban abundantes testimonios en tal sentido. La popularidad de Teodomiro era grande en

Oviedo y no se limitaba a la clase obrera; su contacto y su trato amistoso con todos, y particularmente con la burguesía intelectual y liberal le habían ganado general simpatía; su carácter campechano y humor dicharachero le abría todas las puertas, a diferencia de lo que ocurría con los dirigentes sindicales de su propio partido, imbuidos de agresividad ideológica. En Teodomiro no había hiel.

Los ministros centristas eran partidarios de aconsejar al presidente de la República la conmutación de aquellas penas capitales y Alcalá Zamora era propicio a mostrarse clemente ejerciendo su prerrogativa de gracia, tomando en consideración que ya se había indultado al jefe militar de la insurrección en Cataluña, el comandante Pérez Farrás. Pero las derechas, capitaneadas por Gil Robles propugnaban la ejecución de las sentencias de muerte. Fuerte era la presión que desde fuera del gobierno y dentro de él por sus representantes ejercía la CEDA. Por otra parte, había también una vigorosa presión internacional en favor del indulto, especialmente requerido por el socialismo francés, así como por personalidades liberales del mundo intelectual; y, naturalmente, por todas las izquierdas españolas. Tras continuado forcejeo entre las dos tendencias que dentro del gobierno se oponían, Lerroux y los ministros centristas aconsejaron al Presidente de la República el indulto, cuya concesión dio motivo a Gil Robles para retirar del gobierno a los ministros de la CEDA.

[*Resabios*] La revolución de octubre había acentuado la escisión de la sociedad española en dos bandos irreductibles en su recíproca oposición, que prefiguraba la fratricida contienda que dos años después ensangrentaría al país entero. Una marcada polarización hacia posiciones extremistas, en la derecha como en la izquierda, dificultaba la convivencia en sus formas más elementales entre quienes se definían ya como enemigos irreconciliables. No era esta la tónica de la mayoría del pueblo español; pero en Asturias, concretamente en Oviedo, pude comprobar inmediatamente después de terminada la lucha armada, cómo pacíficos ciudadanos que en ella no habían participado miraban con hostilidad a sus propios amigos de antes, apenas sospechaban en ellos la menor parcialidad adversa. En mi propia tertulia, compuesta de elementos de diversas tendencias, armonizadas o hechas compatibles por la aceptación general de las normas usuales de buena educación, el cerrilismo de algunos imposibilitaba la plácida reunión cotidiana en torno a una mesa de café. Por descontento, las discusiones serían apasionadas; pero lo que me parecía inadmisibile es que algunos no soportaran ya el mero hecho de sentarse al lado de otros, hasta entonces amigos. Como otras muchas, mi tertulia se escindió en dos, en locales distintos; y sólo Martínez Hombre y yo adoptamos la decisión de ir alternativamente a uno y otro grupo, tratando de salvar la amistad con todos.

[*Reflexiones*] Dedicué las semanas que siguieron a aquella azarosa experiencia a reflexionar acerca de las lecciones que a mi ánimo se imponían; y como mi única

arma era la palabra, no escatimé el empleo de ese medio de comunicación. Mis impresiones y meditaciones se manifestaron en algunos escritos de aquella época que me permitieron dar testimonio de lo acaecido, tal como yo lo había vivido y sufrido, en publicaciones españolas y francesas (*Cruz y Raya*, *Politique*, *La Vie Intellectuelle* y otras\*) en las cuales podía expresar libremente mi pensamiento, aun a riesgo de malévolas interpretaciones, que no faltaron.

(\*) *Octobre rouge en Espagne*, en *Politique*, París, noviembre de 1934; y *Neuf journées rouges aux Asturies* en *La Vie Intellectuelle*, Juvisy, 25 de noviembre de 1934, artículos reproducidos después en el libro *Aux origines d'une tragédie*, París, 1937.

Pola de Laviana, 5 de octubre de 2009